

Plutarco Elías Calles.
(Fotografía: Keystone-France/
Gamma-Keystone via Getty Images)

Había una vez...

Jaime Augusto Shelley



HACE AÑOS, MUCHOS AÑOS, cuando se vivía en un país imaginado que quería ser moderno o progresista, hijo de una serie de revoluciones sangrientas, se pretendía que era soberano, plural y con gobiernos venidos de ese cambio, que ansiaban la transformación del sistema socioeconómico arrastrado desde la Colonia: “Quiero ver un *fordcito* a la puerta de cada rancho”, había dicho el general Plutarco Elías Calles en un discurso al inicio de su gobierno, refiriéndose a la prosperidad de los agricultores emergentes, los llamados ahora pequeños propietarios, que por aquel entonces recibían la atención y los favores del régimen con la esperanza de probarlos como mejor opción que las organizaciones de ejidatarios y comuneros. (Hay que recordar que Fox lo plagió, cambiando el Ford por un *bochito*).

Elías Calles provenía de Sonora, donde no existía población numerosa con arraigo ancestral (salvo la indígena, mal vista y siempre perseguida, por considerarlos atrasados y muy salvajes), donde se realizaron obras importantes como presas y distritos de riego, que hicieron que la región prosperara rápidamente y atrajera numerosos grupos de obreros agrícolas. Trabajadores sin arraigo, ni reclamos históricos sobre la propiedad de la tierra.

Había que sacudirse, a como diera lugar, el modelo comunitario que dominaba mayoritariamente en el campo mexicano.

Luego, desde el periodo alemanista hasta el de López Mateos, el impulso a la industrialización trajo consigo la emigración de campesinos a la ciudad, lo que cambió los comportamientos de los pobladores, se agudizaron las diferencias sociales y aparecieron las “ciudades perdidas”, de cartón y lámina, así como las zonas urbanas que pretendían alejarse de la mugre y el sudor que ya iba formando parte del paisaje de la vieja ciudad.

Siempre ha existido la impresión de que los funcionarios se enriquecen durante sus mandatos. Se decía con sorna en los círculos diplomáticos y de negocios: “la economía mexicana es milagrosa, cada sexenio hay nuevos millonarios”. Se rumoraba en las calles y cantinas de un negocito así o así. Ejemplos un tanto ridículos tales como que cuando se inició el asfaltado de las ciudades, el único propietario de una planta de asfalto era Calles. O que cuando se empezaron a difundir las “plumas atómicas”, tan de uso corriente en la actualidad, sólo había un importador, la esposa de Ruiz Cortines, el más austero de los regímenes posrevolucionarios.

Puras tonterías, dicharachos que pueden haber sido verdad o no y que en nada cambian el bienestar de la población. Las verdades *macro* se daban en lo oscuro. Desde siempre, los gobernantes han robado lo que pueden, aquí y en todo el mundo. Son las circunstancias de bonanza o depresión lo que cambia los montos.

Se cuenta en *La verdadera historia de los Bandidos de Río Frío*, un librito que tengo por ahí perdido en mis libreros, que una pareja de adinerados acuden con el jefe de la policía local a pedirle consejo sobre cómo ocultar sus dineros al viajar a Veracruz en

su carruaje, y el funcionario les propone poner un cajón disimulado bajo el asiento, dejando sólo algunas pertenencias sin mayor valor a la vista. Llegados al conocido paraje donde los asaltantes solían cometer sus fechorías, son atajados por éstos; sin mediar palabra, se dirigen a los pasajeros y los conminan a descender. Mientras unos hurgan en los baúles, el jefe va directamente a la parte baja del asiento y saca la caja de caudales oculta. Nos narra el autor que tiempo después se supo que el jefe de la gavilla era, ni más ni menos, que el mismísimo jefe de la policía de la Capital...

Todos roban, los políticos más respetados son de ambiciones más modestas que otros y sólo aceptarán las “comisiones” por contratos, cosa por demás admitida en el mundo de los negocios como obligada. Otros, buscarán maneras de hacerse de algo más, legal o no, como se decía de los tráilers de Hank, que transportaban los productos de CONASUPO que él dirigía. No tendría cupo aquí mencionar los periodos de López Portillo, Salinas y Zedillo, son incalculables e imposibles de expresar en cifras y en el daño irreparable a la Nación. Será en otra ocasión.

Chistoretas, maledicencia, chismes a veces con y a veces sin fundamento. Pero los políticos todos ricos y algunos ya con aires de aristocracia (eso en una República que abolió, desde sus orígenes, los títulos de nobleza, por lo que se llamarían simplemente, plutócratas, con antecedentes dudosos acerca del origen de tal acumulación de riqueza) se dan aires de grandeza, como si no fueran hijos o nietos de ladrones y usureros.


Apareció un día la nota en el periódico que reportaba el exceso —cuantioso— de fondos usados para la campaña de señor Nieto. Nunca más se ha vuelto a hablar de ello. Se llenaron las páginas de los días siguientes con diatribas grotescas contra la corrupción inaceptable del *Oceangate* (contra el PAN, en realidad) y la Línea 12 del Metro (contra el PRD, claro). Y ya.

¿Será que, ¡oh, Dios santo!, los medios están manipulados? ¿O solamente que la noticia resultó irrelevante?

Pareciera que la poderosa máquina del nuevo dinosaurio se está empezando a estancar, que descarrila, que hay que seguir el jueguito de la militarización del país, seguir la receta heredada de crear miedo y hacer que la gente olvide o posponga sus naturales reclamos por una vida mejor.

Lo bueno —a lo mejor no lo han notado— es que desapareció, por completo, el vergonzoso y ridículo epíteto de *democracia* en los abundantes discursos del nuevo régimen, tan plétórico de promesas —pero no inmediatas— referidas a lo bien que pinta el futuro mientras la gente se muere de risa cuando escuchan que se desparraman por Chalco, Tultitán y anexas, los marineros de aguas dulces, que no parecen haberse subido a barco nunca, pero eso sí, entrenados en Estados Unidos, se dice, contra acciones terroristas. Se construirá para ellos una base, ¿en dónde creen?, ¡en Valle de Bravo! Lo que nos habla de un deseo de permanencia duradera. Algo así como los astilleros que tenía la Secretaría de Marina en Las Lomas, donde alguna vez se construyera un barco “experimental” de concreto, que tuvo que ser trasladado a Veracruz a un costo enorme y fue lanzado con toda ceremonia al mar... donde de inmediato se hundió. ¡Ah, que México éste, que no parece querer olvidar su pasado glorioso!

¿Aplausos? No faltaba más.

O nauseas, según como le vaya en la Feria a cada uno. 

P.D. Por cierto, fui a sacar una copia de mi Acta de Nacimiento al Registro Civil. Procedimiento por demás lento y engorroso. En ella consta que nací, con sello y firma oficiales, en 2037. Chingón asunto.